

bién, seguros de que cuanto más á fondo penetraremos sus secretos, descubriremos más y más la inefable armonía que enlaza la naturaleza con la gracia, la razón con la fe, la historia de la humanidad con la historia de la Religión, el porvenir del humano linaje con los destinos de la Iglesia católica.—*J. B.*

UN CASTILLO Y UNA CIUDAD.

I.

—Encumbro hasta las nubes mi frente soberana; mis plantas besan el mar: al rugir la tormenta, miro con desdén alzarse las olas embravecidas que se estrellan á mis pies. La hermosa llanura de Barcino me sirve de riquísima alfombra, y cuando el mar en calma se tiende sosegado en su lecho, los navegantes que se dirigen á la orilla, dirían que tengo mi asiento en estrado de bruñido y resplandeciente cristal.

Al rayar la aurora, relumbran en mis sienes los primeros destellos de su luz; y antes que el sol naciente convierta el mar en un lago de fuego, me paga su tributo esmaltándome de perlas y de oro.

En la obscuridad de la noche, me columbra el marinero cual gigantesca fantasma que guarda las entradas de la tierra; ¡guay de quien se aproxime, no queriendo yo!

Orladas mis sienes de antiquísima muralla, la llevo airosamente sobre mi cabeza, como un antiguo conquistador su capacete de hierro; entregados al viento no flotarían con tanta majestad sus penachos, cual sobre mis soberbios baluartes el pabellón de Castilla.

El bramido del trueno no es tan terrible como mi voz; mis saludos hacen temblar la tierra, y retumban á lo lejos en la inmensidad de la mar; cuantos vivientes hay á largo trecho se estremecen y azoran; el Labrador suspende sus

faenas y contempla la llama y humareda de mis fuegos, cual inflamado aliento que lanzara entre los mugidos de su cólera espantosa fiera.

II.

¿Veis la reina de Cataluña, la más preciosa joya de los monarcas iberos que yace á las orillas del mar, semejante á una riquísima concha que las oleadas arrojaran á la playa? Es mi esclava.

—No soy tu esclava.

—¿No sabes que mientras yo quiero, alegre y bulliciosa retozas á mis pies, cual niña juguetona á los de su ama; y que en alzando mi voz aterradora, no se estremece más vivamente la endeble caña?

Si en día de alborozo y gala retumba mi bramido sobre tu cabeza, tus edificios se conmueven, retiemblan tus cristales, tus doncellas palidecen, y el niño sobresaltado, corre lloroso y vacilante en busca del regazo de su madre.

—No soy tu esclava.

—¿No eres mi esclava? un día, sólo un día me indigné contra tí: ¿no lo recuerdas? ¿olvidaste aquellas horas en que mis bocas formidables rebramaban enfurecidas, derramando sobre tí torrentes de fuego, é inundándote con espesa lluvia de hierro candente?

¿No eres mi esclava? ¿Tan en breve olvidaste el estridor horrísono de los descomunales proyectiles que yo te arrojaba, más ligero que el niño al lanzar las piedras de su honda? ¿Olvidaste, cuando se alzaban rápidos hasta la región de las nubes, y suspendidos sobre tu cabeza parecían buscar la víctima, y blandían su inflamada cola á manera de aciagos cometas? ¿Olvidaste cuando descendían, veloces como el rayo; y el estrepitoso hundimiento de los techos, y el desplomarse de los edificios, y el espantoso estallido al reventar saliendo de las entrañas de la tierra?

¿No eres mi esclava? y bandadas de tímidas palomas no se dispersan más presto al estallar el arma del cazador que tus hijos al retronar mis cañones!

Esas fábricas que orgullosa levantas, ostentando tus tesoros y opulencia; esos vistosos edificios donde preparas suntuosas y brillantes moradas, do pasar puedas las horas en que te embriagas de placer, reducir las á pavesas está en mi mano: si me place, en breves instantes tu hermoso cielo cubrirse há de la polvareda de las ruinas; y envuelta en nube de humo, contemplarán con espanto los países comarcanos, que Barcino está ardiendo cual despreciable pajar.

III.

— En paz y armonía, largos siglos viviéramos; y el cebarte en mi destrozo, y el insultar mi llanto, y el alzar erguido sobre mí, cual buitres sobre su presa mirando si respira aún, posible no creyera. Si á dominación extraña trasladado te hubiese traición alevé, entonces y sólo entonces sospechara que tus fuegos pudieran dirigirse contra mí.

En día infausto, sacudiendo sobre mi seno la fatal discordia su viperina cabellera, de sangre regó mis calles; cegados de insana cólera pelearon hermanos contra hermanos, con la impetuosidad y bravura que los terribles trances recordaran de las huestes de Berwick. Si en la aciaga hora en que revolcándose en su sangre las infortunadas víctimas del popular coraje clamaban venganza, llamado te creíste á socorrerlas, continuaras vomitando el fuego que ya entonces comenzaste; viera yo armas contra armas, furor contra furor. Pero cuando amansada la popular tormenta, quedaron mis calles desiertas y solitarias mis murallas; cuando tantos de mis hijos en atropellada fuga se esparcieran por la campiña, esperando con angustiosa impaciencia el desenlace de tan funesto drama;

cuando pacífica y sumisa franqueara yo mis puertas, tendiendo á los sitiadores una mano amiga; cuando de la lealtad de mis palabras ofreciera tan seguro garante en mediadores esclarecidos; cuando mi venerable pastor llevaba enlazado con el báculo episcopal el ramo de olivo; cuando.... entonces, sobre mi dismantelada, indefensa, casi desierta, vomitar fuego!.... No, no era esto lo que les decía á los soldados su corazón español; más gustosos á una brecha se arrojaran, que no asistir friamente al incendio y ruina de infortunada ciudad.

Guardián de mi reposo, protector de mis riquezas, te creía yo: y el lienzo armado de cañones jamás me causara mella, porque asestados tan sólo los veía á campos enemigos. Si el pabellón britano asomar columbraba en lejano horizonte; si soberbio con los trofeos de las orillas del Indo y de las playas del Celeste Imperio, parecía recordarme de Trafalgar las aguas, de Gibraltar las almenas; involuntaria mirada daba yo á tus murallas; y ensanchado el corazón latía de contento, y me decía: «tu defensa está allí.»

¿Qué me importaran las bravas legiones que del Pirene descender pudieran hasta mis llanuras? cuando trabada en mis campos encarnizada lucha, tronará sobre sus cabezas el gigante de las cien bocas de fuego; despavoridos correrán á ampararse á sus trincheras, escondiendo su afrenta.

Si orgulloso retumbar hicieras en festivo día el aire estremecido, tu orgullo era mi orgullo; izaba ufana el estandarte de mis reyes, que alzado en mis naves á la vista de extrañas velas parecía decir las: «escuchad y temblad.»

En mal hora deshojaste tan hermosa ilusión; en mal hora, á codiciosa envidia de extranjeros, cruel placer suministraste, con horrendo espectáculo de mi incendio y ruina; en mal hora, con fúnebres recuerdos enlazaste hasta el estampido de regia gala.

¡Aciago, aciago recuerdo, que otro estampido ha de borrar! ¿Sabes cuál es? Vendrá un día, vendrá un ansiado

día, en que montará sobre el horizonte el sol más esplendente y bello, hermosa aurora matizará el Oriente con delicados colores, y mi pueblo apiñado sobre la muralla, esperará ansioso que llegue á tu cumbre un rayo de oro. Entonces, tronarás como el Etna en sus horas de coraje, y al son de tus truenos danzarán alborozados mis hijos con la misma tranquilidad que el sencillo aldeano al son de la rústica zampoña. ¿Sabes lo que dirán tus truenos? dirán que ha sonado la hora en que la Excelsa Hija de cien reyes se ha sentado bajo el dosel de San Fernando.

Entonces desearas espesa nube que te ocultara á los ojos de la Reina; entonces cuando por vez primera la indignación encienda el rostro de la inocente Majestad, temblarás medroso en su presencia, y le dirás sumiso: «Señora, no fui yo.»—*J. B.*

(Número de la Revista correspondiente
á 15 de Marzo de 1843.)

MÁS SOBRE LA SITUACIÓN

DE ESPAÑA.

No es muy difícil atacar las opiniones ajenas, pero sí el sustentar las propias: porque la razón humana es tan débil para edificar, como formidable ariete para destruir. Esto se verifica en todos los ramos del saber humano, y particularmente en política; porque sus problemas á más de la muchedumbre de datos que han menester, adolecen del inconveniente de cambiarlos á cada paso. Por lo mismo, si en algo cabe tolerancia, es de seguro en política: cuando se combate al adversario, es necesario no olvidar la indulgencia; pues que por nuestra parte, bien pronto nos veremos precisados á pedírsela. Con estas reflexiones bastante damos á entender cuán enemigos somos del hablador empirismo y de la panacea política; en negocios tan arduos y espinosos, quien falla con tono demasiado magistral, quien pretende haber descubierto soluciones generales, llanas y sencillas, es ó un alucinado ó un impostor.

¿Qué interés puede haber en ocultar la situación críti-